



Alejandro Aguilar Machado

Cristián Rodríguez

Hace pocos días don Alejandro Aguilar Machado, cumplió ochenta años de edad y con ese motivo se le hizo un justo reconocimiento oficial, por sus relevantes méritos como educador, orador, historiador, político y diplomático. Como todo eso pertenece a la historia contemporánea y su labor se supone conocida de todos, pasará por altos sus ejecutorias al respecto, y me remontaré unos sesenta y siete años, cuando ambos éramos alumnos del Liceo de Costa Rica, el único establecimiento de su género para varones que existía entonces. Estaba, por supuesto, el Colegio Seminario, pero el bachillerato que otorgaba no estaba reconocido por el Estado, si bien los estudios que ofrecía en algunos ramos eran tan buenos o mejores que los del Liceo. Como en el Seminario se estudiaba el latín clásico y esta lengua está vinculada muy de cerca con las humanidades, los graduados de ese plantel sobresalían en castellano, composición, retórica y disciplinas afines.

Alejandro fue uno de los alumnos del Liceo que identifiqué e individualicé en los primeros días del año escolar de 1910, que fueron seguidos de una vacación obligada de varias semanas, antes de trasladarse los cursos al Edificio Metálico, donde estuvimos hasta entrado el año de 1911, mientras se hacían las necesarias reparaciones en el edificio de la calle novena, entre avenidas 18 y 20. El costado sur del edificio del Liceo, por donde pasa la línea que comunica el ferrocarril del Atlántico con el Pacífico, pasaba por una región deshabitada y a una cuadra o cosa así del Liceo, hacia el oeste, había una calera que entonces estaba activa y producía cal hidratada para preparar la mezcla o argamasa.

Esos primeros días, anteriores al terremoto de San José, de 13 de abril de 1910, fueron de gran significación para los que entrábamos al Liceo por primera vez. La ciudad tendría escasamente cuarenta y cinco mil habitantes y las calles de las inmediaciones del Liceo, hacia el norte, no estaban todavía abiertas.

Se abrieron cuando en la administración de don Ricardo, en 1912, Tata Lucas (el ingeniero don Nicolás Chavarría Mora) recibió un contrato para la construcción de cloacas en la ciudad. Se excavaron entonces zanjas muy hondas, cuyo fondo, lleno siempre de agua llovizna, albergaba una cantidad grande de sapos que los gamines se encargaban de matar cruelmente a pedradas.

Las tres cuadras de la calle que conducía al Liceo, desde la calle 14 (de la Plaza del Ganado), estaban ocupadas por las eras de la Jardinería de Octavio Loaiza, que tenía un cuadro de fondo, hasta la calle séptima. El Liceo ocupaba solamente la parte oeste de los edificios gemelos de las antiguas Casas de Corrección de Menores. La mitad del está alojaba a la Escuela Juan Rudin.

El director era el Dr. Arturo Pérez Martín, ovetense, especialista en física; un hombre pequeño, muy delicadito y de barba cerrada, que pocas veces velamos por los corredores, pues se pasaba en su cubículo de la Dirección, en el segundo piso. Cuando estuvimos en el Edificio Metálico lo velamos con más frecuencia, siempre con las manos en los bolsillos. A veces nos arengaba y nos recomendaba la fraternidad y la unión, con los misteriosas palabras; "muchos torzalitos hacen un torzal". No entendíamos muy bien lo que quería decir con eso del torzal, pero nos gustaba oírlo hablar, con pronunciación castellana esmerada, en la que sobresalían las zetas y las elles, pronunciadas a la española. Un día, en el Edificio Metálico, hubo gran burumbún en el Laboratorio de Física, situado en el segundo piso del centro del edificio. Parece que el keroseno en que se conservaba un trozo de sodio

metálico, se había derramado, dejando el metal al descubierto, que explotó con gran estruendo. Para colmo de males, alguien queriendo apagar el fuego, tuvo la ocurrencia de echarle a la vasija un balde de agua, con lo que se aumentó la conflagración. Ese error no habría ocurrido si hubiera estado presente el profesor de Química, don Alberto Rudin, a quien todos los experimentos le resultaban bien.

Bueno, hemos hablado del ambiente del Liceo y nada hemos dicho de Alejandro y es hora ya de que lo hagamos.

Alejandro debió ser un joven muy precoz, pues con apenas nueve meses de diferencia con la edad del que escribe (que no cumple los ochenta años sino el 13 de diciembre de este año), me llevaba dos años adelante. Alejandro era alto para su edad, de facciones perfiladas, aunque de nariz recta entonces (no había aparecido todavía la nariz aguileña actual, producto, algunos creen, de la sangre de los Mora que lleva en sus venas). Era de tez muy clara, de cabeza ligeramente angostada en el extremo superior, de semblante dulce, con una pavita hirsuta, recuente al peine y con unos pelos rebeldes en la coronilla. Daba la impresión de ser canilludo, acentuado por el hecho de llevar el pantalón corto y la media larga, a la usanza de entonces. Siempre andaba inmaculadamente vestido, con cuello duro, puños postizos y corbata de nudo. Pero lo mismo podía decirse en parte de los demás liceístas, que teníamos que usar puños postizos y cuello duro, en algunos casos no sin grave molestia para la garganta y la nuca, en el caso de quienes teníamos pescuezo corto. Hablaba en forma muy circunstanciada y acentuando ciertas palabras. Desde el principio Alejandro perteneció a la élite intelectual de los alumnos y tenía fama de ser un impenitente lector y desde entonces muy aficionado a la música, pues pertenecía a un hogar eminentemente musical. Su padre era el mejor tenor de su época cuya voz se escuchaba con frecuencia en la Misa de Doce en la Catedral, que oficiaba el padre Varguitas siendo el maestro de ceremonias un señor Zumbado que indicaba con una peritiga plateada cuándo había que hincarse de rodillas, cuándo ponerse de pie y cuándo sentarse. El peligroso cuyo labio inferior ostentaba una gran bomba era muy popular.

En el Liceo publicábamos un periódico manuscrito y uno de los redactores obligados, junto con Vargas Coto, Mini Salazar, Julián Marchena y el Panzón Salazar (Jorge Salazar Espinoza), era Lilito (como le llamábamos cariñosamente a Alejandro).

Ya desde esos primeros días se distinguió por la gran facilidad de palabra. En 1913, durante la campaña electoral en la que participaban como candidatos, don Máximo Fernández, el doctor don Carlos Durán, y don Rafael Yglesias, tomó parte muy activa en la campaña, afiliado, por herencia, al Partido Civil, de don Rafael Yglesias. Yo desaprobaba las actividades políticas de Alejandro porque para nosotros, don Rafael era el responsable del destierro de mi padre y del hecho de que ni siquiera me hubiera conocido, habiendo sido desterrado cuando yo estaba apenas en gestación. Por supuesto, que estos prejuicios contra don Rafael no tenían nada que ver con la suerte del país y si don Rafael hubiera sido un presidente modelo, seguramente todo se habría olvidado. Don Rafael estaba convencido de que el presidente Zelaya quería derrocarlo, y creyendo que mi padre, que ni siquiera era zelayista, podría ser espía de don José Santos, resolvió desterrarlo y nada pudieron contra su decisión la intervención de mis parientes y de don Amiba Santos, abogado de nota.

El resultado de la fatídica campaña de 1913 fue el que la Presidencia no fuera ocupada por ninguno de los candidatos, que "se dieron la vuelta" varias veces, y don Federico Tinoco (Pelico), monióbró las cosas en el Congreso de manera que viniera a ocuparla un abogado cuyo nombre no se había discutido en la campaña, el Lic. don Alfredo González Flores, depuesto por el golpe del mismo Pelico antes de terminar su período presidencial.

Como decía, pronto se olvidó todo bajo la presidencia de González Flores, y de nuevo Alejandro se entregó por entero al estudio, olvidándose de la política. Por esos años llegó a Costa Rica un médico y filósofo belga, el doctor Víctor Lafosse, que alborotó el cotarero con la doctrina del logarquismo, fundada por Collins, un oscuro filó-

sófo belga, que ni siquiera se registra en la historia de la Filosofía. El doctor Lafosse se hospedaba entonces en la casa de huéspedes de las hijas de don Camilo Esquivel, situada al sur de la antigua Botica Francesa, en una casa de corredor. Allí creo que vivía también el lugarteniente de Lafosse, Paul Deliens, muerto hace pocos años. El Dr. Lafosse se rodeó pronto de discípulos y admiradores que se limitaban a escuchar sus lecciones. Entre los afectos a la causa del logarquismo figuraba prominentemente Alejandro, que ya sabía francés y que escuchaba las pláticas filosóficas en ese idioma. El logarquismo seguía una lógica tan severa como la de la geometría de Euclides. Y el que aceptaba sus premisas tenía ineludiblemente que aprobar las conclusiones. Ahí estaba la dificultad. En todos los puntos la lógica era inexorable. Había, sin embargo, un punto de partida que no todos podíamos aceptar y era la naturaleza del hombre, que estaba formada por la unión de la materia con una inmaterialidad. ¿Cómo se efectuaba esa unión? Siguiendo los razonamientos del logarquismo se llegaba a curiosas posiciones, como la de que una mujer que vende su cuerpo sea superior a la que sucumbe por amor.

En el primer caso hay un razonamiento. En el caso del enamoramiento instintivo no hay pensamiento sino empuje.

El logarquismo era enemigo del matrimonio puramente ecótico, en vez del matrimonio calculista y razonador. Formaban los miembros una sociedad enemiga del matrimonio inductivo y cuando alguno de los miembros se casaba por amor, tenía que pagar una fuerte dispensa a la sociedad. Otra de las consecuencias del razonamiento logarquista era la convicción de que los animales no experimentan dolor, aunque los signos externos son iguales a los de los seres humanos que sí sienten dolor porque tienen la capacidad de no ser conscientes. Cuando se le preguntaba al doctor por qué trataba de evitar que su perro diera gritos, contestaba que convenía educar a los hombres de no provocar reacciones de supuesto dolor, porque ello podría conducir a infligir dolor al hombre, que estaba formado de una materialidad unida a una inmaterialidad.

Alejandro se admiró por un tiempo con entusiasmo a causa del logarquismo colinista, y si algún provecho le reportó fue el entrenamiento en el uso de la lógica. Después me fui del país, y sólo seguí las alternaciones filosóficas de Alejandro muy de lejos. Supe que se había entusiasmado mucho con Henry Bergson, luego con Dilthey y el Historicismo. Yo siempre fui adverso a la filosofía de Dilthey, a quien consideraba un espíritu celoso más. Alejandro coquetó luego con los existencialistas, con Ortega y Gasset, y finalmente con San Agustín. Pero Alejandro vale mucho como pensador, a pesar de San Agustín, Dilthey y Ortega y Gasset. El talento que quedó considerarse nato en Alejandro es el que tiene por la oratoria.

Ese talento puede apreciarse mejor comparando su desempeño con la triste figura que hacemos los que no somos oradores, cuando queremos hacer la exposición filosófica más sencilla. Las propias palabras nos aturden durante la exposición, y al final resulta que dijimos muchas cosas que no queríamos decir y dejamos en el intento los puntos principales que queríamos desarrollar. Alejandro en cambio, no se pierde nunca. Comienza tratando puntos que al parecer no tienen relación con el tema principal y el auditorio se siente inquieto pensando que el orador se va a encallar. Pero no hay peligro de que eso pase con Alejandro, que en todo momento mantiene bien organizado su discurso y al terminar remata el asunto de manera coordinada y brillante. Ese don no podemos menos que admirarle sus amigos, a pesar de que no siempre estamos de acuerdo con sus puntos de vista.

Finalmente quiero acentuar una virtud de Alejandro que merece ser emulada. Es la ingenuidad o sinceridad con que reconoce los errores de juicio que pudo haber cometido en su carrera política. Hace algún tiempo escuché la reproducción de un discurso suyo acerca de la actuación política de su juventud, que cree merecer ser rectificada. Su apreciación acerca de hombres de su predilección, el tiempo se ha encargado de demostrar fue equivocada. Esa capacidad de rectificar su criterio, aunque algunos pueda encontrarla desdolorosa para un hombre de su categoría, la estimo, por el contrario, como algo que lo honra en extremo.